

VI.

Á PERSONA DESCONOCIDA.

¿El rostro contemplar del vate quieres
Que imitando á Teócrito y Virgilio
Cantó en romance el Siciliano Idilio
De Adonis en loor y de Citeres?

A gallardo mancebo ver no esperes
Que, acepto de las Musas al concilio,
De erótico laúd con el auxilio
Busca la admiración y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas:
Pastor, mas no de Arcádico ganado,
Es ese IPANDRO cuyo nombre extrañas.

De místico redil Jefe y Prelado,
Mientras cuido mi grey en las montañas
Canto muy poco, y con rabel prestado.



Á VARIOS

DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS

IDILIOS DE TEOCRITO

CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.



Á UN POETA.

TIRSIS Ó LA CANCIÓN DE DAFNIS.

Dulce de Dafnis el divino llanto,
Dulce de Tirsis la gentil avena;
Dulce tu voz en mis oídos suena,
¡Vate querido, de mi patria encantol

Sabes que lenitivo á mi quebranto
Pido á la Musa: la floresta amena,
Ó bien la playa de la mar serena
El son escucha de mi triste canto.

Pero ya pulse caramillo griego,
Ya mi tosco rabel gimiendo taña,
Me faltan ¡ay! tu numen y tu fuego.

El primer eco de mi agreste caña
Te consagra mi amor. Borra, te ruego,
Cuanto su lustre original empaña.

Á OTRO.

LOS SEGADORES.

¡Cantor de Leila, y de aves y de flores,
Cuya inspirada voz más suave trina
Que el eco de la tierna golondrina,
Mensajera que fué de tus amores!

Los himnos de los mismos *segadores*
Que interpretó tu fístula argentina,
Al modular mi Musa, á ti se inclina
Indulgencia pidiendo y no loores.

Temblé, pulsando la sonora caña
Que de tu labio el perfumado aliento,
Más dulce que la miel, sabroso baña:

Me fué preciso repetir tu acento,
Y temo que de Pan la justa saña
Me condene á terrífico escarmiento.

Á UNA DAMA.

EL VAQUERILLO.

No sólo una castísima Susana
Recuerda altiva la nación hebrea,
Ni sólo destrozó de Amor la tea
La que nombre te dió, virgen romana.

En Sicilia también ninfa pagana
El cinto desgarró de Citerea:
Tu probada amistad la égloga lea
Que vierto para ti, ¡viuda cristianal!

Es una flor de fraternal cariño,
Que quisiera añadir á la corona
Que en tu frente he admirado desde niño.

Ya virgen, ya viuda, ya matrona,
Dura cual roca, pura como armiño,
La trompa de la Fama te pregona.

Á OTRA.

LA RUECA.

¡Mujer insigne, varonil matrona,
Luz de tu pueblo, de tu hogar delicias,
Como la esposa del Milesio Nicias,
Cuya virtud Teócrito pregona!

Tú, que ya el arco vibras de amazona,
Y ya la rueca plácida acaricias,
Oh Carolina, dame las albricias:
Hoy nueva *Rueca* mi amistad te dona.

No es de marfil, ni delicado torno
La pulió girador de Siracusa
Del rojo Mongibelo junto al horno.

Es rica perla de la griega Musa,
Que de tu casta frente para adorno
Traslado al Tamesí desde Aretusa.

Á UN CURA PÁRROCO.

LOS GEMELOS.

La historia de dos fuertes adalides
Que el Bucólico Príncipe sublima,
Y yo describo en castellana rima,
Te mando al par que el himno que me pides.

Y que antes que llegáramos, no olvides,
Del sacerdocio á la anhelada cima,
Nos deleitaban la variada esgrima
Y del atleta las robustas lides.

Recuerda, amigo, los Britanos juegos
En que de mí alcanzabas la victoria
Con risa de estudiantes y labriegos.

De nuestra adolescencia la memoria
Aviven los que canto, idilios griegos,
Por pasatiempo, y no por sed de gloria.

Á OTRO.

LOS PESCADORES.

Mira á dos *pescadores*, buen Darío;
Que en despoblar el piélago se empeñan,
Y en medio á su pobreza, en vano sueñan
Con peces de oro en su falaz navío.

Tal fué tu suerte y el destino mío:
Los versos que te mando á ambos enseñan
Que si dorados peces nos desdeñan,
No hay que perder en nuestra pesca el brío.

No al avaro Epulón; á quien aflige
Mendicidad, las puertas de los cielos
Abre el Señor que el universo rige.

A la gloria entrarán los pequeñuelos,
¡Oh de almas cazador! A ellos dirige
Tus redes, y tu caña, y tus anzuelos.

Á UN AMIGO.

EPITALAMIO DE HELENA.

¿Qué sierra ó valle bélico te esconde,
O en qué palacio cortesano brillas?
¿Sirves al tierno Rey de las Castillas,
O en ocio blando duermes, oh Vizconde?

Sea que mores en tu España, ó donde
Yo te dejé, del Sena en las orillas,
Prendas serán mis églogas sencillas
De que mi amor al tuyo corresponde.

Si entre el que nos encubre hórrido caos,
Los que te mando cánticos nupciales
Pueden llevar americanas naos,

Sabrás que ante mis ojos, á inmortales
Elenas y á gloriosos Menelaos,
Mi buen Narciso y Carmen son iguales.

Á UN GOBERNANTE EN 1874.

PANEGÍRICO DE TOLOMEO.

De Carlos sigues las amadas huellas,
De ti modelo, de mi casa origen:
Cuantos la nave del Estado rigen,
Surgen y pasan, mientras tú descuellas.

Cesan, por ti, del pobre las querellas;
Nunca, por ti, las guerras nos afligen:
Tú haces que el orden y la paz cobijen
Con rico manto tus comarcas bellas.

Por ti las minas brotan abundantes;
Los campos aran infinitos bueyes:
Tus villas pueblan ricos traficantes.

Un modelo te doy de antiguos reyes:
Síguelo, y el mejor de gobernantes
A despecho serás de inicuas leyes.

Á MI HERMANA SOR***

DESTERRADA EN 1874.

AMARILIS.

¡Triste Amarilis! Fiel á tu bandera,
Abandonaste el suelo mejicano,
Huyendo de las garras del tirano
Que assolador en nuestra patria impera.

Si no me permitió la suerte fiera
Estrechar al partir tu dulce mano,
¿Del que te llora ausente, vate hermano,
Acogerá la voz tierra extranjera?

Con el laúd del griego Simiquida
De otra *Amarilis* canto los desdenes
Que á su amador odiaba empedernida.

Así del mundo los caducos bienes
Desdeñas tú; y á tu Señor unida,
La fe jurada férvida mantienes.

Á TRES HERMANAS.

LAS SIRACUSANAS.

¡Arminda bella, Filis elocuente,
Piadosa Nice, vírgenes galanas
Que entre las flores respiráis ufanas
Del Maraón el perfumado ambiente!

La ofrenda recibid de amigo ausente,
Y de mi libro en las doradas llanas,
Permitidme que á dos *Siracusanas*,
De Egipto moradoras, os presente.

Las calles recorred de Alejandría:
Ved á una reina, de virtud ejemplo,
Munífica y hermosa, grande y pía.

Grandes así y hermosas os contemplo,
Cuando á despecho de la turba impía
Con ricos dones decoráis el templo.

Á UN MÉDICO.

No trueques la simbólica serpiente,
Que hora en tu mano con placer sujetas,
Por el arco de amor y las saetas
Con que te brinda Erato complaciente.

Corre el estadio de la ciencia, ardiente,
Hasta llegar á sus lejanas metas;
Y entonces el laurel de los poetas
Circunde verde tu gloriosa frente.

Extingue el fuego que tenaz te inflama;
Resuene poco tu colgada lira;
Olvida, amigo, á tu hechicera dama:

Cuando llegares do tu pecho aspira,
Desfoga entonces tu amorosa llama
Y fiel celebra á tu adorada Elvira.

AL MISMO,
DEDICÁNDOLE, VEINTE AÑOS DESPUÉS,
«EL CÍCLOPE», QUE DEDICÓ TEÓCRITO AL
MÉDICO-POETA NICIAS.

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Marón y Garcilaso,
Pulsando la zampoña juntamente.

El sabio Nicias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, canción de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

Á UNA NIÑA

ENVIÁNDOLE LOS BUCÓLICOS GRIEGOS.

Cuando la nieve en derredor blanquea,
Y las últimas hojas arrebata
El huracán que horrible se desata,
Y el cielo con fragor relampaguea,

Al calor de la ardiente chimenea,
En resguardar las flores, que aun no mata
Del invierno crüel la saña ingrata,
Empeñosa la niña se recrea.

Del olvido en salvar así me afano
Las flores de mi Musa, hoy que el invierno
Hiela mi corazón y ata mi mano.

Forma con ellas mi cariño tierno
Un ramillete que te ofrezco ufano
En prenda cierta de mi amor paterno.

Á LA MISMA.

REGALÁNDOLE LAS ODAS DE PÍNDARO.

Fueron las Musas de mi edad primera
El inocente amor y dulce encanto,
Y embelleció su deleitoso canto
De mi vida la alegre primavera.

En mi azarosa pastoral carrera
Ellas secaron mi copioso llanto;
Mas hoy á su beldad causan espanto
Las canas de mi escasa cabellera.

Ya que mi lira, abandonada y rota,
Se niega á repetir las armonías
Que prodigara en época remota,

En vez de los cantares que pedías
Á un corazón cuyo raudal se agota,
Recibe estas añejas melodías.

1892.



RECUERDOS Y MEDITACIONES
DE UN PEREGRINO

EN EL CASTILLO DE MIRAMAR

EN OCTUBRE DE 1876.